

Cultura a la contra

Peter Pan, sin complejos

Entramos en una cafetería anaranjada y comemos algunas hamburguesas. Después vamos a un cine que hay en la Gran Vía donde dan películas de Walt Disney en sesión continua. Un amigo mío opinaba que todos los males de la juventud y la estupidez que acecha por doquier provienen de la absorción masiva, en la infancia, de productos disneyanos. Es un análisis de café —antes, las cosas más importantes se decían en los cafés y quedaban colgadas entre el humo ambiente— tras el que se oculta una verdad muy seria: Disney y sus brujos de plexiglas y caramelo han robado los mitos de la infancia y los han echado a perder: los magníficos dragones, las hechiceras bellas y perversas, los árboles parlantes del Parque del Oeste —en fin, de cualquier parque, de cualquier bosque—, las lámparas con genio incorporado, los enanos que excavan sus túneles dorados; todo ello ha sido convertido por el "mago de Disneylandia" en una masa de productos fabricados en serie, y con marca de fábrica además.

Hace unos días he vuelto a ver "Peter Pan". Aquella noche —iba yo muy pasado— no paré de llorar durante la película. Lloraba al mismo tiempo por mi infancia perdida y por el mal retrato que de ella hace el señor Disney. El Peter Pan ahí dibujado es un jovencuelo de ojos brillantes y formas ambiguas, que poco tiene que ver con el personaje que se inventó el enanito Barrie. Convendría una reedición de esa joya que es el cuento del enano para que los pocos niños que aún leen se enterasen de quién es Peter Pan, el niño que se escapa de su casa a los dos años porque no quiere crecer. Peter es el primer rebelde de quien tuve noticia, el primero que se niega a aceptar el mundo insoportable de los adultos. Los odia tanto, que pretende matarlos a todos. En el País de Nunca Jamás —mi primera Utopía también— se dice que cada vez que alguien suspira muere un adulto. Y Peter suspira y suspira sin parar.

Como el antiguo Hermes Psicopompo, tiene la función de llevar al "otro lado", al País de Nunca Jamás, a los niños que en el parque se caen de sus cochecitos, bien sea por descuido o porque están ya hartos, como ese niño que, nos cuenta Barrie, decidió escaparse porque sus padres hablaban siempre de acciones y de billetes de Banco. Allí pueden realizarse en una vida más plena. Allí hay piratas inquietantes —su jefe, el Capitán Garfio, es un hombre sumamente bien educado, que odia a Peter Pan sólo porque tiene mejores modales que él—, indios que juegan a la guerra y sirenas. También hay duendes, seres amorales cuyas mentes son tan pequeñas como sus cuerpos y que sólo pueden albergar un sentimiento a la vez: pueden amar u odiar, pero nunca al mismo tiempo. Es un misterioso más allá en el que todos hemos soñado alguna vez y en el que algunos seguimos soñando todavía. Peter Pan fue el primer "hippy" de la Historia, el primero que decidió pasar de todo y buscar una realidad alternativa menos siniestra de la que padecemos.

A pesar de Disney, es bueno que el niño que no quiso crecer vuelva a aparecer de algún modo en el alféizar de nuestra ventana. Nos da un buen ejemplo de rechazo. No hay que olvidar, de todas formas, que en el mundo que vivimos los piratas no son todos tan bien educados, los indios que nos atan al palo de la tortura nos quieren matar de verdad y la guerra contra los llamados "adultos" va de veras. Pero no estaría mal entender la vida como una aventura y rechazar el mundo de los billetes de Banco. ■

EDUARDO HARO IBARS.



"Alicia en la España de las maravillas", de Jordi Felú.

conmemoraba los veinticinco años de paz, y, más tarde, las comedietas "El arte de casarse" y "El arte de no casarse".

Lo que había ocurrido realmente es que, a tenor de los nuevos tiempos democráticos, Jordi Felú había intentado hacer películas que "pegaran" en estos momentos como antes habían "pegado" con subvenciones y premios los títulos protegidos por el Ministerio de Información y Turismo. "Alicia en la España de las maravillas" es el producto de esta nueva era de Jordi Felú, hombre ingenuo y vehemente, pero hábil para captar el sentido oportunista de la "denuncia". Su película, al margen de ese oportunismo, revela escasas habilidades más, ya que se trata de un "collage" confuso, pretencioso y disparatado, antiguo, feo y grotesco, donde se repiten tópicos interminables que no sólo no añaden nada nuevo a la explicación de los años negros del franquismo, sino que incluso los ocultan por tanta pedantería, por tanto simbolismo barato.

Dice el propio Jordi Felú que quería exponer en "Alicia en la España de las maravillas" su concepto de la represión cultural ejercida por el franquismo, "represión que pasó de un paternalismo asfixiante a un verdadero genocidio". No hay que dudar de las intenciones nobles del autor, pero sí de su capacidad expositiva, o en todo caso entender que la capacidad castradora del franquismo queda clara en la película por la inca-

pacidad personal del director para narrarla.

Quizá hubiera sido más noble e interesante que el propio Felú, para contarnos cómo había sido el franquismo, nos hubiera contado su propia evolución personal, las películas que había hecho y por qué, la situación concreta que había vivido en cada caso. Sin simbolismos ni pretensiones. Es más significativo su caso que la sarta de despropósitos que se padecen en esta película inútil. Idea que se brinda desde aquí por si quiere ser meditada por el autor. ■

D. G.

ARTE

De pronto tuve necesidad de comprobar si Eduardo Roldán era madrileño. ¿Por qué? Porque le recordaba una cierta pinta de paleta de Madrid. Y Madrid es la capital universal de la palettería. Porque no es lo mismo. Yo, por ejemplo, soy paleta, pero del Sur, yo soy cate-to, como nos llamamos los de allá abajo los nacidos en pueblos campesinos. Roldán no. Roldán es paleta máximo, madrileño. No tiene "currículum" su introducción, pero lo dice Umbral, como de pasada, en sus palabras. En fin, se trata de Eduardo Roldán, paleta de Madrid, capital universal de la palettería. Sí. Todavía me acuerdo cuando —el año 44— yo me